

50.

END

AS





Ramillete de Poesías

OFRENDADO A

SANTA TERESA DE JESÚS

POR

D. Gumersindo F. Hernando



AVILA

Tipografía y Encuadernación de Senén Martín.

1922

A LOS PEREGRINOS

A ti, quienquiera que seas, estimable peregrino, que has llegado a esta ciudad de los caballeros donde abrió sus ojos a la luz el serafín humanado, Santa Teresa de Jesús, y has venido a ella con el laudable anhelo de recorrer los lugares que esta Santa sin par glorificó con su presencia, de ver los objetos venerandos que santificó con su contacto, de adorar con especial afecto sus sagradas reliquias y postrarte con fervida unción ante la imagen extática que se venera en la capilla erigida en el mismo lugar de su nacimiento, para impetrar su poderosa protección.

Si, como es de suponer, quieres llevar de

*ella algún recuerdo grato que más tarde te
haga rememorar esta visita; adquiere este pe-
queño librito, ramillete de poesías, ofrenda de
corazón de un devoto paisano de la excelsa
Doctora*

QUE ES GALARDÓN DEL CARMELO
Y ORGULLO DE NUESTRA TIERRA,

*y podrás gustar cuando te plazca del amo-
roso perfume que emana de sus folios y de la
tierna inspiración que alienta en los armonio-
sos versos de sus rimas.*

*Ellas podrán servirte de solaz durante las
horas de tu viaje de retorno; y ya en el lu-
gar de tu residencia también podrás recrearte
reavivando con ellas el recuerdo de esta peregrin-
ación, y acrecentar el fervor de tu alma hacia
la más santa de las sabias y la más sabia
de las santas.*

El Autor.

A Santa Teresa de Jesús

INVOCACIÓN

Bendita caridad, musa divina,
que a la egregia, Doctora del Carmelo
inspiraste esa ciencia peregrina
que a los más grandes sabios ilumina
mostrándoles la senda que va al Cielo.

Desde este valle donde el alma gime
al peso abrumador de los pesares,
te pido fervoroso que me ampires
para ensalzar la encarnación sublime
de la esposa gentil de los cantares.

De la avilesa de sin par memoria,
que en talento y virtud ha aventajado
a todas las heroínas de la historia,
y que en el mismo alcázar de la gloria
excede al serafín más encumbrado.

Cierto es que soy indigno e impotente
para intentar tan elevada empresa,
mas con tu protección omnipotente
ayúdame a cantar grandilocuente
las glorias inefables de Teresa,

Favoréceme, musa, pues te imploro
con fervoroso anhelo convencido
que el fuego celestial que tanto adoro
sólo dármele tú podrás cumplido,
no de las musas el castalio coro.

Tú, que sientas tu trono entre las nubes,
y acuerdas en el templo de la gloria
el mágico cantar de los querubes,
tú, que al débil mortal al Cielo subes
sin quitarle esta vida transitoria,

En alas de la ardiente fantasía
levántame también hasta el palacio
do reina la eternal Sabiduría,
oyendo de los mundos la armonía
que producen girando en el espacio.

Muéstrame la muralla cristalina
con puertas de purísimo diamante
que la inmortal Jerusalén domina,
e introdúceme en ella como al Dante
la hermosa Beatriz musa divina.

Llévame hasta los atrios eternos
y déjame gustar las melodías
con que cítaras y arpas celestiales
acompañan los cantos inmortales,
que en su vida mortal oyó Isaías.

Mas si me está vedado en mi ardimiento
encumbrarme a esas célicas regiones

que hay detrás del azul del firmamento,
aliéntame a encontrar inspiraciones
en la luz, en las ondas y en el viento.

Pon en mi plectro el ruido cadencioso
que la brisa produce en los pinares,
las voces del torrente impetuoso
y el murmurio potente y majestuoso
de las azules ondas de los mares.

Dá a mi voz el dulzor de los panales,
el gusto confortante del buen vino,
la beldad de los astros matinales
y el placer que los puros manantiales
producen al sediento peregrino.

Y entonces como arpada filomena
que canta oculta en el jardín sombrío,
con dulce acento y cadenciosa vena,
alzaré yo también el canto mío
a esa región de bienandanza llena.

Y hasta tanto disfrute del consuelo
de contemplar la efigie arrobadora
con el blanco sayal y negro velo
de esa esposa de Cristo, gran doctora
que nos sonríe desde el almo Cielo.

A mi paisana Santa Teresa de Jesús

Si alguna vez la inspiración sagrada
demandé con fervor al alto cielo,
nunca como hoy el alma enamorada
quiere cantar la gloria inmaculada
del Serafín humano del Carmelo;

Quiere beber en el torrente santo
de divinal y eterna poesía,
donde mojó su labio sacrosanto
la sublime heroína de mi canto
honra y orgullo de la patria mía;

Quiere imitar los inspirados sonos,
la nota delicada,
las dulces y patéticas canciones
de aquella lira en el edén forjada,
que llagaba de amor los corazones;

Quiere seguir el atrevido vuelo
de la avilesa de feliz memoria,
que cual águila audaz escaló el cielo
desde la excelsa cumbre del Carmelo
para gozar de Dios y de su gloria;

Quiere glosar con suave sentimiento
la historia hermosa de esa egregia santa,
y ofrendarla en señal de acatamiento
la primorosa flor del pensamiento,
y las notas de amor de mi garganta;

Quiere loar con plectro no igualado

aquel afecto ardiente y verdadero,
cuando en la fe su espíritu abrasado
exclamaba con estro apasionado:
«De amor muero, Señor, porque no muero»;

Desea en alas de la fe encumbrarme
sobre esta triste y deleznable esfera,
y hasta el empíreo cielo levantarme
y en el sol del amor purificarme
como metal en la fundente hoguera;

Ansía asistir al eternal concento
con que alaban a Dios los serafines,
y oír las voces que susurra el viento
al remecer con ledo movimiento
las flores de los célicos jardines;

Percibir quiere el celestial sonido
del arpa augusta de David glorioso,
siempre de santa dulcedumbre henchido,
y el concierto sublime y melodioso
que oyera Adán en el Edén perdido;

La sonora y rítmica armonía
que un filósofo griego percibía
viendo girar al mundo en el espacio,
y la que junto al eternal palacio
por el viento arrastrado oyó Isaías.



Mas escuchad mortales!... Mi alma henchida
de este ansia celestial deja anhelante
la cárcel de su cuerpo, y atrevida
se lanza a la región desconocida
do el éter vibra en rotación constante.

Y en las mágicas alas del ensueño
a impulsos de una fuerza sobrehumana
que engendrara mi ardiente fantasía,
a Dios se eleva con gigante empeño,
¿quién sabe si es Teresa quien la guía!

Ella debe de ser, pues suavemente,
de este planeta humilde se levanta
cual la tierna plegaria del creyente,
como el vapor de cristalina fuente,
como el perfume de olorosa planta.

Hiende veloz el aire y placentera
ve del espacio en la región más pura
de la luna la pálida lumbrera,
y siente como el águila altanera
rodar bajo sus pies la nube obscura.

Rasga atrevida el inconsútil velo
de la atmósfera azul, y sin desmayo
prosigue altiva el caudaloso vuelo
en línea recta hacia el empíreo Cielo
del sol siguiendo el esplendente rayo.

Traspasa audaz por entre espesas brumas
sin amainar el vuelo y, presurosa,
cruza más tarde una región lumbrosa
con nubes albas como blancas plumas,
y entra en otra después color de rosa.

Al través de una atmósfera brillante,
donde flotar parece polvo de oro,
sobre ejes de purísimo diamante
mira girar la esfera rutilante
de nuestra tierra singular tesoro.

Vuela sobre él y observa con contento

que entra ya en las regiones siderales
donde giran con raudo movimiento
las estrellas magníficos fanales
de la bóveda azul del firmamento.

Y a su paso entre espléndidos fulgores
los signos de Zodiaco absorta mira,
y en medio de fulgentes resplandores
radiantes y más bellos que las flores
ve el Pégaso, el Orión, Perseo y Lira.

Avanza más y escucha la armonía
con que cruzan los soles el espacio
alabando al Señor que en él los guía,
y después de cruzar la láctea vía
vislumbra al cabo el eternal palacio.

.....

Queda el alma suspensa embelesada
al contemplar su excelsa arquitectura,
y de un santo respeto penetrada
se postra en una nube sonrosada
en éxtasis de amor y de ventura.

Y del éxtasis vuelta cual de un sueño
nuevo asombro experimenta al ver delante
un ángel de hermosísimo semblante
y proporción feliz, algo pequeño,
que así la dice con acento amante:

El ángel soy que a la ejemplar Teresa
con áureo dardo el corazón hería,
vengo hoy a tí por voluntad expresa
del autor de tu vida y de la mía,
escucha pues mi voz que te interesa.

Buscando inspiración a tu ardimiento

para honrar de Teresa la memoria
con osado y sin par atrevimiento,
quieres alzarte a contemplar la gloria,
y te has hecho acreedora a un escarmiento;

Mas el Señor que en perdonar blasona
en atención a tu ferviente anhelo,
y a ruego de Teresa que te abona,
en vez de castigarte te perdona
el que intentarás escalar el cielo.

Vuelve al cuerpo otra vez, y en él espera
que Él que manda a la vida y a la muerte
ponga fin a tu vida pasajera.
No anheles con afán cambiar tu suerte;
y tus ansias de bien rige y modera.

* * *

Calló el ángel, y el alma resignada,
cumpliendo su mandato con gran pena,
volvió a ocupar su lóbrega morada,
y viendo su esperanza ya frustrada
soltó del llanto la fecunda vena;

Y exclamó con dolor: ¿qué es la existencia
sino una mezcla de verdad y engaños?
sí al diáfano cristal de la experiencia
vemos que mata el goce a la inocencia,
y al goce los funestos desengaños.

Del barro frágil la materia impura
encarcela al espíritu altanero,
y él que anhela bañarse en la luz pura
vive bajo esta débil envoltura
como pájaro en jaula prisionero;

Volando tras risueñas ilusiones
busca el alma con ansia el infinito
para calmar sus nobles ambiciones,
y entre tanto engolfado en las pasiones
quiere saciar el cuerpo su apetito;

Sonríe el corazón a una esperanza
y a convertirla en realidad aspira,
lucha por conseguirla, y si la alcanza
lo que tan bello le era en lontananza,
es polvo, sombra, vanidad, mentira.

Con este acerbo dejo lamentaba
la amarga decepción recién sufrida,
cuando en la estancia humilde en que me hallaba
mi vista por el llanto enrojecida,
un cuadro vió que en la pared colgaba.

Era una estampa de ejemplar belleza
de la Inefable y Mística Doctora,
que mostrando de su alma la grandeza,
levantaba hacia el cielo la cabeza
en actitud ferviente, arrobadora.

Ante este cuadro con primor grabado
de la bendita Virgen avilesa,
con fervorosa unción caí posternado,
y exclamé con acento apasionado:
Mi mente inspira celestial Teresa!

Hazme esta gracia en premio del sincero
afecto que te guardo, y placentero
mi canto sonará tal que se asombre
al escuchar mi voz el mundo entero,
ensalzando tus glorias y tu nombre.

Cumple mi aspiración, Flor del Carmelo,

Incomparable y Mística Doctora,
de la Iglesia de Dios guía y modelo
de humana perfección, sabia escritora,
que al hombre enseñas a ganar el Cielo.

Paloma virginal que requerida
por celestial aviso al «Arca santa»
volar supiste y para siempre unida,
con tu amado te ves enaltecida
por la virtud del cielo sacrosanta.

Ángel de amor, beldad inmaculada,
divinal y castísima azucena
del vergel de mi patria trasplantada
al celestial pensil, donde colmada
de gracia vives y fragancia llena.

Columna de la fe, lumbrera santa
de veneranda y mística doctrina,
sol de verdad, estrella peregrina
que al alto Cielo con su luz encanta
y a este planeta mísero ilumina.

Monja sublime, fervorosa asceta
que brillas de la Iglesia en los altares,
ingenio singular, alma discreta,
imágen fiel, encarnación perfecta
de la esposa gentil de los cantares.

Si desde el fondo de esta tierra impura
por la virtud te levantaste tanto,
que al lado te hallas de la Virgen pura
en la mansión de Dios tres veces santo,
gozando inmensa y eternal ventura.

Y hasta ese solio de irisadas nubes

donde el Señor Excelso te levanta
 mi humilde canto destemplado sube,
 dulce esposa del Rey de los querubes,
 bendice al vate que tus glorias canta.

Octubre de 1913.

A MI PATRIA CHICA

SONETO

Encerrada en el viejo baluarte
de tu pétrea muralla envejecida
cuántas veces me paro a contemplarte
ciudad en que nací, patria querida.

Como noble solar no he de adorarte
con la efusión de un alma agradecida,
si aquellos que me hicieron venerarte
descansan en tu tierra bendecida.

Yo te consagro fiel mis emociones,
mis afectos, mis triunfos, mis ideas;
cuanto pueden donar los corazones;

por que tú de mi amor te enseñas,
y me haces prorrumpir en mis canciones:
Patria del corazón ¡bendita seas!

NOCTURNAL

Noche de clara luz, noche serena,
en que el viento en la fronda se adormece,
y en el cénit azul la luna llena
con pálidos fulgores resplandece.

Por el sudario de su luz vestida
al descanso letal se ve entregada
la ciudad por Alcides erigida
sobre la cima en que se miraalzada.

Al planteado fulgor que da la luna
la contempla mi vista ensimismada,
cubierta en parte por la sombra bruna
y a grandes trechos por la luz bañada.

De su pétreo muralla envejecida
se destacan sus fuertes torreones,
simulando ciclópeos campeones,
velando el sueño a la ciudad dormida.

La densa sombra que en los muros raya,
la silueta que pinta sus almenas
me recuerda la noche en que Jimena
triunfó sin lucha del feroz Abdalla;

y a mi memoria evoca el varón puro
que primero rigió su grey cristiana
y una turba fanática y pagana
lanzó cual piedra del más alto muro.

Y detrás de estos muros centenarios,

levantando sus flechas hacia el Cielo
contemplo a los altivos campanarios
que el cristiano fervor alzó en el suelo.

Y por fuera del cerco misterioso
que forma la muralla, cruzar veo,
por la parte del Oeste, al rumuroso
Adaja con temblante cabrilleo.

Delante de sus muros corre manso
y por verlos amaina su carrera,
formando ante la Losa un gran remanso,
que cual plancha de plata rebervera.
Salva luego, en mil chorros dividido,
la gran pesquera que su marcha enfrena,
y prosigue su curso interrumpido
hasta perderse en la campiña amena.

Las altas horas de la noche augusta
derraman por doquier dulce beleño,
y bajo el cielo con fruición se gusta
del grato néctar que produce el sueño.

Una suave quietud, una paz honda,
domina la ciudad, reina en sus calles,
se adueña de los montes y los valles,
y enmudece las voces de la fronda.

Con plácido sopor, profunda calma,
la tierra invade y al no ser convida,
dormida en el jardín yace la palma,
y la azucena sobre el tallo erguida.

Duerme el pájaro oculto entre el ramaje
del árbol verde en que colgó su nido,
el insecto metido entre el follaje,

y el pez entre las hondas sumergido.

Duerme soñando triunfos el guerrero
bajo su frágil tienda de campaña,
en su humilde vivienda el jornalero,
y el pastor en su mísera cabaña.

Reposa en blando lecho el sibarita,
entre trapos el triste pordiosero,
sobre saco de paja el fuerte arriero,
y en su dura tarima el cenobita.

Todo en el seno de esta noche augusta
goza en la tierra de apacible calma,
sólo mi alma infeliz, mi pobre alma
entregada a su pena no reposa.

Como la flor del loto peregrina
que, en la corriente del sagrado Nilo,
entreabre su córola alabastrina
de la alba luna al resplandor tranquilo,
mi espíritu también abre su broche
y cual triste y canora filomena
derrama la amargura de su pena
en el silencio augusto de la noche;
que en ella el alma de aflicción herida
siente inefable y celestial consuelo,
olvidando la brega que en el suelo
nos impone la lucha por la vida;
y libre de ella con ferviente anhelo
el pensamiento se levanta y sube
hasta el alcázar del Señor del Cielo,
cual del incienso la aromosa nube,
y acallando la humana desventura
oye una voz interna que la grita:

«Templo augusto de Dios es la Natura,
conoce su bondad, ora y medita».

Al eco de esa voz excelsa y pia,
con singular fervor el alma mía,
cual águila de vuelos errabundos,
en pos del bien y la verdad que ansía
se pierde en lo infinito de los mundos.

Al dulce nombre de María

Nombre adorable, bendito,
nombre augusto, incomparable
de la madre de Dios vivo,
de la emperatriz del ángel.
Nombre que el cristiano invoca
fervoroso, tierno, amante,
al oír la voz argentina
de la campana vibrante
cuando nace alegre el día
y muere triste la tarde.

Nombre que, siendo muy niño,
me enseñó mi amante madre,
y del que me dijo un día
con el acento entrañable
que usan las madres cristianas
cuando hablan del cielo a un ángel;
«Hijo, si sufres tu pecho
víctima de hondos pesares;
si la desgracia te hiere,
si el infortunio te abate
y el desengaño y la duda
clavan en tí su acicate;
alza los ojos al cielo,
invoca ese nombre afable

y hallarás en su dulzura
dictamo para los males
que podrán herir tu pecho
cuando yo del mundo falte».

Gracias mil, madre querida,
por tu amor imponderable,
por tu enseñanza sublime,
por tu consejo inefable.
Gracias, sí, porque pusiste
en mi corazón amante
el remedio más benigno,
la triaca más saludable
que hallar puede el peregrino,
que cruza el terrenal valle.

Y si desde el almo Cielo
a donde el Ser inefable
para premiar tus virtudes
te llevó, observaste madre,
que, faltando a tus consejos,
me hice ante el Señor culpable;
por este santo recuerdo,
alza hoy tu plegaria amante
cabe la Virgen bendita,
e intercede porque alcance
el perdón y pueda un día
en tu presencia gloriarme.

A SANTA TERESA (1)

Tú nunca morirás, que nunca muere,
aquél que a todos el Señor prefiere.

Ven a calmar el fervoroso anhelo
que siente por tu gloria el alma mía,
bendita inspiración, hija del cielo,
cierne amorosa sobre mí tu vuelo,
e ilumina mi ardiente fantasía.

Con tu mirada vívida y fulgente
prende en mi corazón santos ardores,
y haz brotar las ideas en mi mente
como en el campo erial las gayas flores
a los besos del sol resplandeciente.

Para alentarme en mi mortal flaqueza
infúndeme el aliento soberano,
que dá a las obras perennal belleza,
y al toque suave de tu ebúrnea mano
disipa como niebla mi rudeza.

Pon en mi lira el ruido sonoro
que levanta la brisa en los pinares,
las voces del torrente impetuoso,
y el murmurio potente y majestuoso
de las azules hondas de los mares.

(1) Esta poesía obtuvo el premio de S. M. el Rey en los Juegos Florales de 1915.

Da a mi plectro el dulzor de los panales;
el gusto confortante del buen vino;
la beldad de los astros matinales;
y el placer que los puros manantiales
producen al sediento peregrino.

Dale también el cadencioso acento
con que el cantor de la floresta umbria
manifiesta su amante sentimiento,
y en el silencio de la noche pía
trae en sus hondas a mi estancia el viento.

Y si a inspirarme en mi elevado intento
no basta la armonía de esta esfera,
en brazos de un excelso pensamiento,
álzame a la región donde el contento
sin mezcla alguna de dolor impera.

Y del espacio en la suprema altura
guíame entre esos astros rutilantes,
que sobre el manto de la noche obscura
titilan como fúlgidos brillantes,
a la mansión de perennial ventura.

Muéstrame la muralla cristalina
con puertas de purísimo diamante,
que a la inmortal Jerusalén domina,
e introdúceme en ella como al Dante
la hermosa Beatriz, musa divina.

Condúceme hasta el solio en que velada
tu gloria está por purpurinas nubes,

entre las cuales mi alma envelesada
podrá escuchar tu cítara acordada,
dirigiendo el cantar de los querubes.

Y entonces inspirado y complaciente
podré dar cima a mi sagrada empresa,
y mi lengua tan torpe y balbuciente
sabrà loar con voz grandilocuente
las glorias inefables de Teresa.

Hazlo, musa divina, cual lo pido,
que si obliga el amor al que es amado
a ser, con el que le ama, agradecido,
tú sabes que a tu culto he consagrado
gran parte de los días que he vivido.

Y que hoy mi corazón late expectante,
aguardando me otorgues tus favores,
y que propicia a mi plegaria amante
desciendas de tu trono rutilante
a orlar mis sienes de inmarchitas flores.

* * *

Yo he visto en la risueña primavera
al águila caudal, con raudo vuelo,
surcar veloz la cristalina esfera,
y altiva, majestuosa, placentera,
perderse audaz en la región del cielo.

¡Oh! Si también mi espíritu pudiera
en las celestes alas del deseo

alzarse como el águila altanera
a ese mundo de eterna primavera
cuya gloria inmortal adoro y creo.

Si a impulsos del ardiente y vivo anhelo
que engendra en mí la célica esperanza
subir pudiera hasta el empíreo cielo,
mas qué digo... si el alma hacia él se lanza,
triste le amarra la materia al suelo.

Y de su dulce centro separada
por la culpa fatal, envilecida
se ve el alma, cual flor arrebatada
del huracán, cual nave abandonada
en los acerbos mares de la vida.

Y entre la dicha que su esencia anhela,
y la verdad de esta existencia ruda,
desorientada y triste se desvela,
y rehuendo el dolor que la flagela
anda indecisa entre la fe y la duda.

Y su infortunio crece y su congoja,
y en el transcurso de contados años,
como una flor que pierde hoja por hoja,
el soplo de los fieros desengaños
de cuanto amaba el corazón despoja.

Y el ansia pierde del celeste anhelo
que le impulsara al bien, y, en su tristura,
no alza la vista al estrellado cielo
para pensar que tras de su amplio velo

tiene una patria de eternal ventura.

* * *

Así me lamentaba tristemente
pronto a dejar la empresa comenzada,
cuando giré la vista y miré en frente
una figura esbelta y agraciada
de porte regio y dulce continente.

Llevaba con donaire y gentileza,
sobre el ebúrneo dorso de matrona,
un manto recamado de una pieza,
y como insignia augusta en la cabeza
de inmarchito laurel verde corona.

En sus brillantes ojos la energía
de su espíritu excelso revelaba:
su purpurina boca sonreía,
y el perfumado aliento que exhalaba
de la verdad la ciencia trasfundía.

Bajo su frente marfileña y pura
centellaban, cual astros en el cielo,
sus pupilas cargadas de dulzura,
y del rostro realzando la blancura
el ébano brillante de su pelo.

Mostraba entre los dedos de su diestra
áurea pluma esmaltada con brillantes,
del arte lapidaria obra maestra,
y un magnífico libro en la siniestra

con planchas de oro y broches de diamantes.

* * *

Fijando en mí su vista refulgente
con acento melódico y pausado,
así me dijo afable y sonriente:
«Yo el Númen soy, que guardo diligente
la memoria perfecta del pasado».

Escuché tu plegaria fervorosa,
y dolida del ansia que te aqueja,
mi protección te brindo generosa;
y al momento se eclipsa misteriosa,
y el libro abierto ante mi vista deja.

* * *

Repuesto de su asombro, poseído
de nuevo ardor mi espíritu se siente
con tan grata visión, y decidido
tomo el libro en las manos prontamente,
y le hojeo curioso y complacido.

Pintadas con estilo immaculado
miro en él las acciones que los hombres
más dignas de mención han realizado,
y de aquellos que más han descollado
con los retratos los ilustres nombres.

Brillante sol con su fulgor le baña,
y a la luz de sus rayos peregrinos

contemplo el siglo aquél en que la España,
grande en la paz y fuerte en la campaña,
regentaba del mundo los destinos.

Herida por un rayo refractado
en viva luz se enciende mi memoria,
y, al través de las brumas del pasado,
ve revivir mi espíritu asombrado
la época más feliz de nuestra historia.

* * *

Allí admiro en el trono que el de Gante
por Yuste abandonó discretamente,
del portugués y del francés triunfante
a Felipe II, rey prudente,
de alma severa y corazón gigante.

Y al joven de Austria, príncipe glorioso
que en las azules aguas de Lepanto,
quebrantó para siempre el ominoso
poder del otomano con espanto
de su monarca altivo y desdeñoso.

Y de laurel la frente coronada
entre los mil guerreros vencedores,
en tan cruenta y singular jornada;
al escritor mejor de los mejores,
autor de la novela más preciada.

Y detrás de esta cohorte victoriosa
que como mar humano bulle inquieta,
más brillante, más digna, más hermosa,

destácase la pléyade gloriosa
de artistas, pensadores y poetas.

En ella con fulgor inusitado
descuellan cautivando la atención:
Ribera, Zurbarán, Granada, Hurtado,
y cien más que el olvido ha respetado
como dignos de eterna admiración.

Y cual astros de luz resplandecientes,
que ornan el cielo de la patria mía,
entre monjes y austeros penitentes,
miran brillar mis ojos complacientes
a Ignacio y al gran Duque de Gandía.

Y como el sol en la mitad del Cielo
eclipsándolos todos con su luz,
a la excelsa Doctora del Carmelo,
que abrasada de Dios en santo celo,
va tras las huellas que dejó Jesús.

Ante la turba vil soliviantada
por los que su virtud ven con sorpresa
fija en el cielo la vivaz mirada,
pasa triunfal la Virgen Avileña
de San Juan de la Cruz acompañada.

Nimbada de celestes resplandores
la tierra cruza y nostálgica gime,
por la patria en que cifra sus amores,
y donde quiera que su planta imprime
hace brotar de la virtud las flores.

Lejos de su Jesús que tanto adora,
llagada el corazón en lo profundo,
enseñando a la raza pecadora,
sin desmayar jamás reza y labora,
por ensanchar su reino en este mundo.

Puesto siempre en lo eterno el pensamiento,
de todo afecto humano desprendida,
ve prolongarse con pesar su vida,
esperando exhalar su último aliento,
para mirarse con su Dios unida.

Y a impulsos del amor grande y sincero,
que a menudo la tiene acongojada,
exclama con acento plañidero:
«¡sácame, oh, Dios, de esta mortal morada,
que me muero de amor porque no muero!»

Y en éxtasis deífico arrobada,
sin romper las prisiones de este suelo,
se siente hacia el empíreo transportada,
y sostiene ferviente enamorada,
tiernos coloquios con el Rey del Cielo.

* * *

¡Oh, deliquio inmortal!, ¡ventura santa!
que jamás como tú nadie ha sentido,
¡oh milagro de amor! que al mundo encanta,
¿y quién tendrá palabra sacrosanta
para loar tu virtud como es debido?

¿Cómo podré con lengua balbuciente,

celebrar tu bondad y tu pureza,
si tu virtud mi corazón no siente,
ni dei gáyo decir la llama ardiente,
inflama con sus luces mi cabeza?

Mas ¿quién no siendo tú, paisana mía,
podrá hacerse entender de los humanos,
pintando el fuego que en tu pecho ardía
cuando el hermoso serafín te hería,
y el Señor te mostraba sus arcanos?

Sólo tú, que con voces adecuadas
supiste expresar grandilocuente
las ideas abstrusas y elevadas,
que tratas tan sencilla y doctamente,
en el libro inmortal de tus Moradas.

Básteme pues, a mí, Santa querida,
ya que no pueda conseguir la palma,
de ensalzar tu memoria bendecida,
alzar desde el santuario de mi alma,
la siguiente oración tierna y sentida.

* * *

Avilesa inmortal, flor del Carmelo,
Seráfica Doctora, en cuyos labios
bebe el cristiano celestial consuelo,
y ciencia no estudiada por los sabios.

Escritora feliz, dulce poetisa,
que vistes el sayal de penitente,

y ostentas de tu genio cual divisa,
corona de laurel resplandeciente.

Criatura virginal, alma gloriosa,
a quien Dios con espíritu presciente
«ab eterno» dispuso para esposa
del hijo en quien se goza eternamente.

Tú que del Ser excelso oiste un día
la frase cual ninguna lisonjera:
«si el cielo no existiera
para pagar tu amor le formaría.»

Tú que impelida de celeste anhelo,
como vapor que al cielo se levanta,
con aliento inmortal cruzaste el suelo
sin manchar nunca en él la humana planta.

Y siguiendo la senda del Calvario,
te levantaste a la suprema altura,
vé hoy al pueblo que te ama con ternura
conmemorar tu cuarto centenario.

Oye las voces que en tu honor levanta
la ciudad que se gloria de tu fama,
y como la hija predilecta te ama,
princesa augusta de la Iglesia Santa.

Y pues, eres de Dios, la esposa amada,
alcánzala su protección bendita;
porque no yerre en la mortal jornada,
ni padezca del mal la eterna cuita,

Pide a Jesús también la bienandanza,
para el mísero vate que en tu gloria
une su voz al coro de alabanza,
que la patria consagra a tu memoria.

Y aunque de tu virtud no ha conseguido
la excelsitud cantar como desea,
en premio de su amor grande y profundo,
haz que en sus versos complacido el mundo,
tierno homenaje a tu memoria vea.



Al Santísimo Cristo de los Remedios

Despedida

¡Adiós, dulce Jesús, padre piadoso,
que en la cruz por mi amor te ves clavado,
con la frente de espinas coronado,
y el rostro ensangrentado y sudoroso!

Oye el ruego sincero, afectuoso,
que te eleva mi pecho enamorado,
y bendice a este pueblo que postrado
se contempla a tus plantas fervoroso.

No desdeñes mi voz, Jesús querido,
y, al darte hoy esta triste despedida,
otórgame la gracia que te pido;

mientras yo ante tu imagen bendecida
repito con acento dolorido:

¡Adiós mi dulce bien! ¡Adiós mi vida!

TRADICIÓN

Suena en la iglesia cristiana
el toque de Avemaría,
que aún brilla el alba temprana
nuncia y risueña del día.

Tras de la cumbre de un monte
de nuevo el sol aparece
y a su presencia aparece
que se incendia el horizonte;
con vívidos resplandores
se alza como hostia esplendente,
bañando con luz riente
montes, colinas y alcores.

A su presencia las aves,
con bulliciosa alegría,
le dan sus músicas suaves
desde la floresta umbría,
y en barbechos y rastros,
en cañadas y en oteros,
salúdanle los trigueros,
alondras y pitirros.

Retrata el cielo azulado
en los remansos el río,
y entre las hierbas del prado
titila el fresco rocío.

La brisa sutil y aleve

con rumorosa armonía
las hojas y ramas mueve
de la arbolada sombría;
y en frondas de los huertos
y en los macizos de flores,
modulan tiernos conciertos
jilgueros y ruiseñores;
que en el valle y la cima,
en el bosque y el erial,
todo al influjo vital
del sol se alegra y reanima.

Y como el campo despierta
si del sol la luz recibe,
también la ciudad revive
cuando éste besa su puerta.

De Adaja junto a la orilla,
Avila la ciudad vieja,
antemural de Castilla,
el dulce reposo deja.

De las murallas afuera,
saliendo de sus hogares
camina la gente obrera
a fábricas y telares;
y entre la turba industrial
de la barriada de Adaja
con un pequeñuelo baja
una niña angelical.

Por entre los grupos giran
vestidos de rico corte,
y a cuantos los ven admiran
por su belleza y su porte,

Llevan ambos los cabellos
sobre la espalda tendidos,
orlando sus rostros bellos
en dos creenchas divididos;
y bajo el marco ondulante
del pelo color de endrina
destácase del semblante
la tez fresca, alabastrina:
y con celestes fulgores
relumbran sus negros ojos
sobre los pinceles rojos
de unos labios como flores.

Hijos de un mismo rosal
son dos capullos lozanos;
mas hay no sé qué extrahumano
en la niña celestial,
tanto así, que aunque atesora
el niño gracias sin cuento,
la niña es todo un portento
que atrae, seduce, enamora;
pues vése en ella y encanta,
con las gracias de ordinario,
una unción mística y santa
rayana en lo extraordinario,
y en su esplendente mirada
fulge esa luz peregrina
que da la gracia divina
al alma predestinada.

Cruzan gozosos el puente,
y con visible cariño
conduce la niña al niño

por una abrupta pendiente,
y en lo alto ya de un otero
que es atalaya del río
sobre un caballo de brío
ven apuesto caballero,
que el noble bruto parando
con manifiesta sorpresa
dijo a los niños mirando:
¿Dónde camináis, Teresa?
¿Cómo al nacer la mañana
vas con tu hermanito sola,
roja como una amapola,
por estos campos ufana?
¿Por qué queridos sobrinos,
sin servidumbre ninguna,
andáis por estos caminos
en hora tan importuna?
¿Hablad, que fuera desdoro,
que permanezcáis callados?

— Vamos a tierra de moros
para ser martirizados, —
que nuestra ansiedad mas cara,
dijo la niña con celo,
es conquistar pronto el cielo
y ver a Dios cara a cara.

Al oír confesión tan pura
apeándose del overo,
besó el gentil caballero
a los niños con ternura,
y, en su rostro noble y pío,
se vió brillar un instante

una lágrima temblante
como perla de rocío.

Y de aquel encuentro ufano
con rendida voluntad,
tendió a los niños la mano
y los volvió a la ciudad.

* * *

Sobre este mismo altonazo
en que sucedió esta historia,
ha alzado el pueblo cristiano
un templete a su memoria;
y no hay abulense fiel
que ante su ruda belleza,
no destoque la cabeza
cuando pasa cerca de él;
ni existe dama extranjera,
ni forastero cristiano,
que no baje a verle ufano
en la hermosa primavera;
y con fervorosa unción
rendido, humilde y contrito,
alce al cielo una oración
ante su cruz de granito.

A LA MUERTE DE JESÚS

SONETO

Mirando con piedad la turba impía
que en el leño afrentoso le ha clavado,
por redimir al hombre del pecado,
muere el hijo de Dios y de María.

Siente el frío sudor de la agonía
discurrir por su cuerpo flágelado,
y alzando al cielo el rostro ensangrentado,
el alma a Dios y el pensamiento envía.

Padre mío, mi espíritu presento
en tus manos, exclama e^l moribundo;
expira el triste y en aquél momento,

ruge el mar imponente, tremebundo,
se eclipsa el sol, se nubla el firmamento
y se estremece horrorizado el mundo.

NOCHE DE DIFUNTOS

Lo que dicen las campanas

De mi estancia a las ventanas
llega el toque funeral
que repiten las campanas
con sus lenguas de metal.

La luna pálida y fría
preside el triste concierto
¡que pena en la noche umbría
da oír que tocan a muerto!

pues los lúgubres sonidos
que escucho tras las ventanas,
más bien parecen gemidos
que vibración de campanas;

quejas de un alma que siente
una tristeza infinita
y a las plegarias invita
a la humanidad doliente;

deprecación y lamento
que la Iglesia amante y pía
por los difuntos envía
a Dios en alas del viento.

Voz que dice al corazón,
mira qué breve es la vida,
que miserable y mentida
la mundanal ambición;

llamada que al pensamiento
evoca historias sombrías
y que le grita: memento,
también pasarán tus días.

Señal que a orar nos convida
por los que el mundo habitaron,
y al abandonar la vida
su experiencia nos legaron;

por cuantos seres queridos
nos robó la muerte odiosa;
por padres, madres, esposas,
hijos y hermanos perdidos;

por el ya difunto amigo
que nuestro amor compartía,
por los que en la guerra impía
caen bajo el plomo enemigo;

por cuantos la tierra impura
esconde en su seno helado,
y por los que ha devorado
la insaciable sepultura.

En fin, por los hombres todos
de adversa y próspera suerte,
que por mil diversos modos
rinden tributo a la muerte.

Noviembre de 1912.

A MI ADORABLE PAISANA

SANTA TERESA DE JESÚS

Como deja la obscura golondrina
cuando siente llegar la primavera
la tierra donde triste peregrina,
y con rápido vuelo se encamina
al apacible hogar en que naciera;

y al verse junto al nido que hizo un día
de barro, plumas, briznas y granzones,
para albergar en él su amada cría,
con melifluas y fáciles canciones
publica placentera su alegría.

Así también Teresa la divina,
cuando sé que tu fiesta se avecina
desde el humilde pueblo donde habito,
con un placer rayano en lo infinito,
vengo a tí como amante golondrina.

Y al verme en tu ciudad y bajo el techo
donde miré la luz por vez primera,
henchido de placer dentro del pecho
del corazón el ritmo se acelera
al contemplar su anhelo satisfecho;

y como esa avecilla también canto
para mostrar al mundo la alegría

que hay en mi corazón y el dulce encanto
que siento siempre al celebrar tu santo
en tan solemne y venturoso día.

No mires mi bajeza, ni el aliño
de mi verso garrulo y malsonante;
ve mi noble intención, mira el cariño,
que me inspiró por tí siendo muy niño
mi madre de tu culto tan amante.

Ten en cuenta también, Santa Doctora,
que impulsada de afecto tan profundo
me llevó a la capilla, que hay ahora
en el mismo lugar donde en buena hora,
naciste para gloria de este mundo;

y haciéndome doblar ambas rodillas
delante de tu imagen sacrosanta,
con un acento de ternura lleno
me dijo con amor: «pide a la Santa
que interceda del Señor porque seas bueno»;

y que yo, a su mandato respetuoso
repetí la oración que ella rezaba
con religiosa unción, y fervoroso
de tu imagen bendita contemplaba
el semblante arrobado y majestuoso.

Después de aquel inolvidable día
que ante tu altar recé por vez primera
muchas veces he vuelto, Santa mía,
de mi amorosa madre en compañía
a implorar tu favor con fe sincera.

Y cuando aquella madre hube perdido
que me inspiró tu amor desconsolado,
al verme triste en la orfandad sumido,
nuevamente a tus plantas me he postrado
y tu amparo inefable te he pedido;

verdad es que en mi pecho esa fe ardiente
el mundanal torrente ha amortiguado;
más yo espero serásme indulgente,
conociendo el afecto reverente
que a tu santa memoria he profesado;

y que más grato me es que la ambrosía
el oír tus glorias y mentar tu nombre,
pues no hay otro más dulce al alma mía
entre los muchos que pronuncia el hombre,
a excepción de Jesús, José y María,

Que si por pecador, soy despreciable,
tú sabes que es celeste mi destino,
y en premio de ese amor inquebrantable
haz que alcance la dicha perdurable
cuando concluya el terrenal camino.

Y a este pueblo avilés tan decaído
de su antiguo esplendor y su grandeza,
que hoy vive del recuerdo de sus glorias
dele tu intercesión nuevas victorias
y alce pronto entre todos la cabeza.

A SAN ANTONIO DE PADUA

Atleta de la fe, santo glorioso,
de celestial bondad y alta elocuencia,
dechado de virtud, lirio precioso,
que embalsamas el mundo con tu esencia;

eximio fraile, fervoroso asceta
que el galardón supremo mereciste,
y al niño Dios, con caridad perfecta,
en tus brazos divinos sostuviste;

predicador sin par, alma divina;
que a las aves del cielo convocabas,
y en la playa a los peces congregabas
para escuchar tu ciencia peregrina;

taumaturgo sublime y portentoso
que la Iglesia católica venera,
protector especial del que afanoso
busca el objeto que a su amor perdiera.

A tí claman los tristes moradores
de este globo mezquino y deleznable,
impetrando consuelo a sus dolores
por tu virtud carísima e inefable.

Y te invoca el enfermo, el desvalido,
y el que se ve en prisión tétrica, oscura,
el que las hieles del pesar apura
y el que se encuentre en la orfandad sumido.

El rico, el miserable, el perdidoso,

suplican tu favor de varios modos,
y tú rogando al Todo Poderoso
alivio prestas y esperanza a todos.

Mira a esta juventud que ardiente anhela
tus cultos difundir por las naciones
y extender las doctrinas de tu escuela
conquistando a tu Dios los corazones.

Vuelve hacia ella tus ojos favorable
desde el trono que ocupas en la gloria,
y observa con qué gozo incomparable
consagra hoy esta fiesta a tu memoria,

e intercede al Señor omnipotente
que persita en su práctica piadosa,
y en premio de ello pueda eternamente
vivir contigo en la mansión gloriosa,

Leida en una velada por los Antonianos.

A SANTA TERESA

Hermosa como el sol del mediodía,
más pura que la luz de la mañana
es la santa que adora el alma mía
honra y prez de esta tierra castellana.

De Avila en la ciudad amurallada,
madre ilustre de santos y guerreros,
que el galardón logró de ser llamada
la ciudad de los nobles caballeros;

nació esta Virgen, gloria del Carmelo,
tan graciosa, tan noble, tan perfecta,
que el hijo del Eterno, Rey del cielo,
la escogió por su esposa predilecta;

y la otorgó tal copia de favores,
que, a excepción de su Madre sacrosanta
no se ha visto jamás tan grande santa
en este triste valle de dolores.

Por eso con pasión mi alma le adora
como el objeto fiel de su cariño,
des que mi madre amante y rezadora
su historia me narró cuando era niño;

y por eso con plácido embeleso
me late el corazón, si alguien la nombra,
y a sus plantas mi espíritu de alfombra
pusiera humilde como pongo un beso;

que en pos de ella con ansias eternas

se encamina mi afecto cual torrente,
que, serpeando entre guijas y breñales,
busca del mar la inagotable fuente.

Fuente de gracias para mi alma sea
que limpie de mi pecho los pesares
en recompensa grata de la idea
que tengo de loarla en mis cantares.

Hazlo así, gran Teresa, reina amada,
y encauza mis afectos hacia el cielo,
borrando con la luz de tu mirada
de otro amor terrenal el torpe anhelo;
y a este centro católico de obreros
que versos para honrarte me ha pedido,
concédele tu apoyo decidido
conforme con sus votos más sinceros.

Octubre de 1918.

ANATEMA

Soneto

Después de darte aluz te he sustentado
con la savia nutricia de mi pecho,
y mi anhelo más firme y acendrado
era verte feliz y un hombre hecho

Ya que veía este anhelo satisfecho
un decreto del jefe del Estado
te ordena separarte de mi lado
y tu vida arriesgar por su derecho.

Por esta orden fatal ¡oh adversa suerte!
te doy hijo el adiós de despedida;
tal vez nunca jamás volveré a verte;

que a mí el pesar me acabará la vida,
y tú luchando encontrarás la muerte:
¡maldita sea la guerra fractricida!

En el entierro de un Angel

Ya la algazara pagana
se pasó del carnaval,
y en las calles de la aldea
nieva y ruge el vendaval.
En el viejo campanario
con armonioso tin-tan,
sonando está la campana
de la Iglesia del lugar;
a impulsos del cierzo helado
con entrecortado son,
sube de la torre al cielo
su argentina vibración.
Y el cielo aclara, y sonríe,
porque es heraldo su voz
de que un angelito nuevo
subió a la eternal mansión;
cuyo cuerpecito muerto
llevan, llenos de dolor,
a enterrar sus tristes deudos
en fúnebre procesión;
puesto en una caja blanca,
como un retazo de sol,
con las manitas cruzadas
sobre el yerto corazón.

Cerca ya del cementerio
párase el cortejo, y yo,
mientras el cura salmodia
padezco intensa emoción,
viendo de la niña muerta
la faz mustia, sin color;
los ojos secos, hundidos;
las manos blancas cual flor
de una pequeña magnolia
que el cierzo invernal heló.
Recuerdo a sus tristes padres
que de la suerte al rigor
no hallan dictamo a su pena,
ni consuelo a su aflicción;
y embargado de ternura
llega en mí a tanto el dolor
que se me empañan los ojos
y estremece el corazón.
Y con voz triste y pausada,
llena el alma de fervor,
cabe el cuerpecito yerto
alzo al cielo esta oración:
Piadosa Reina del cielo,
Santa Madre del Señor,
apiádate de estos padres,
calma su intensa aflicción,
por la pena incomparable
que sufrió tu corazón
cuando en la cruz suspendido
viste al hijo de tu amor.

LAS SIERVAS DE MARÍA

A D. Juan de la Puente.

Humildes, cariñosas, graves, sinceras,
las Siervas de María, la Virgen pura
sois ángeles bajados desde la altura
para servir al pobre como enfermeras.

Por el amor guiadas sin rehuir desvelos,
como el Sol de Justicia cruzais la tierra,
dando a los afligidos tiernos consuelos
y haciendo a las dolencias constante guerra.

Virgenes inefables del cristianismo,
yo quisiera cantaros grandilocuente;
mas temo que mi númen será impotente
para glosar cual debo vuestro heroísmo.

Me asalta sí, el recelo que en mis canciones
no brille esa grandeza del pensamiento
que conmueve y subyuga los corazones
y hace vibrar las cuerdas del sentimiento;
y a pesar de mis ansias y mi lirismo
no encuentre voces dignas en mi garganta,
para contar la vida piadosa y santa
que os ha inspirado el genio del cristianismo.

Por él siendo doncellas, puras y hermosas,
desdeñáis los placeres que os brinda el mundo
y a los tristes enfermos curais piadosas
y endulzais la agonía del moribundo.

Con solícito esmero, con sumo agrado,
les servís afectuosas las medicinas,
y les limpiáis el cuerpo sucio o llagado
con vuestras manos suaves, pulcras, divinas.

Pendiente el Crucifijo del casto pecho
entráis al domicilio del desgraciado,
y os colocáis al borde del triste lecho
sin temor al contagio del apestado.

Del médico siguiendo las prescripciones,
con un amor celeste, puro y cristiano,
prodigáis al doliente mil atenciones,
y dais las gracias al cielo de verle sano.

En los ricos palacios artesonados
y en los pobres tugurios tristes y fríos
ofrendáis con ternura vuestros cuidados;
lo mismo a los creyentes que a los impíos;
y si os ocurre a veces que un desdichado
los horrores maldice de su existencia,
y perjura y blasfema cual condenado
hiriendo sin respeto vuestra creencia;
el dolor reprimiendo del alma herida
por las soeces palabras de aquel villano
le decís afectuosas: Medite hermano
que hay que dar a Dios cuenta de nuestra vida;
y por calmar de su alma las hondas penas,
confortantes y dulces como las mieles,
enseñanzas cristianas fluyen serenas
de vuestros labios rojos como claveles.

La doctrina observando que Jesús diera
os hayais siempre prontas al sacrificio,
y aunque el mundo mezquino no os considera

al Señor de los cielos tenéis propicio:
y Él, que pesa y regula nuestras acciones,
y las premia o castiga con ley segura,
a cambio de esta vida de abnegaciones
os dará otra existencia perfecta y pura.

Y en premio de este canto tierno y sentido,
ofrenda cariñosa del alma mía,
otorgadme la gracia que humilde os pido
de asistirme piadosas en mi agonía.

11 noviembre 1918.

PLEGARIA

Estrella de los mares,
reina del pecador,
rendido a los pesares,
al pie de tus altares
me llego con fervor.

Es cierto, Virgen santa,
que pecador he sido
y que por largos años viví en la iniquidad,
mas mírame a tus plantas
lloroso, arrepentido,
pidiéndote me otorgues tu maternal piedad.
Piedad, Virgen querida,
para ahora y para siempre
concédeme el perdón
y torna a mi tus ojos piadosa, compasiva,
si cien veces y ciento, luchando en esta vida,
la fe que hoy siento viva
se extingue en mi razón;
y ya en mi último día
y en el momento aciago de mi hora postrimer,
haz que invoque ferviente tu nombre, Virgen piá,
como hace veinte años estando en la agonía
mi madre le invocaba con entusiasta fe.

TRADICIÓN

Muy cerca de la ciudad
de Jimena y del Tostado
se encuentra un Convento alzado
de cuatro siglos de edad.

Y es cosa asaz recordada
por los hijos de este suelo,
que en él fué transverberada
la azucena del Carmelo;
y que entre los mil favores
que allí le hiciera el Señor
figura entre los mayores
este milagro de amor.

Como siempre placentera
de la celda en que vivía
bajaba la Santa un día
por una petrea escalera;
cuando de un claustro a la entrada,
hermoso, sin falso aliño,
vió hacia ella llegarse un niño
la cabeza destocada.

Con singular atención
miróle absorta la Santa,
y presa de honda emoción
se la añudó la garganta;
pues un favor presintiendo

del Dios que tanto adoraba
a interrogarle no osaba,
que se la huyera temiendo;

pero el niño que contento
miró su amante sorpresa,
la dijo con dulce acento:

Yo soy Jesús de Teresa.

Y ella inflamada en la luz,
que él muestra en sus ojos bellos,
repuso viéndose en ellos:

Yo Teresa de Jesús.

LA VIOLETA

SONETO

Escondida en las orlas de verdura
que festonan el bosque y la pradera
crece una planta peregrina y pura
que florece al llegar la primavera.

No ostenta cual la rosa su hermosura
sobre su tallo erguida y altanera,
ni escucha de la brisa lisonjera
las voces vagas que al pasar murmura.

Oculto entre las hojas, recatada,
Guarda humilde su pristina pureza
y su aroma fragante y delicada:

Tal la mujer que adoro sin tibieza,
del mundanal bullicio retirada,
de su alma guarda la inmortal belleza.

A SANTA TERESA

Salve, egregia mujer, reformadora
de la Orden venerable del Carmelo,
humano serafín, sabia Doctora,
que enseñaste a la raza pecadora
lo que ha de hacer para ganar el cielo.

Yo te saludo al verme ante tu planta,
con toda la efusión del alma mía,
y para honrar tu gloria sacrosanta
quisiera encontrar hoy en mi garganta,
raudales de elocuencia y de armonía;
quisiera ¡oh dulce virgen avilesa!
sentir la inspiración que tú sentías...
la que en tus obras nos dejaste impresa,
y ver mi corazón hecho pavesa
por el fuego amoroso en que te ardías;
quisiera en fin, con versos inmortales
dar nuevo brillo a tu feliz memoria,
que te adorasen todos los mortales,
y, siguiendo tus huellas celestiales,
poder un día contemplar tu gloria.

Pero si indigno soy, noble paisana,
de realizar mi anhelo de poeta,
diré, al menos con prosa lisa y llana,
que eres de Cristo esposa predilecta
y asombro y gloria de la especie humana.

Que así como la alondra en la alborada
gorjea saludando al nuevo día;
al contemplar la imagen arrobada
que existe en tu capilla, alborozada
himnos canta en tu honor el alma mía.

Y como el astro rey buscan girando
su gigantesca flor los mirasoles;
mi espíritu tu gracia va buscando:
Báñame en el fulgor de tus dos soles
para que más y más te siga amando.

Octubre 1913.

HIMNO AL TRABAJO

Obediente a su Dios, tierno y sumiso,
Adán con su amorosa compañera
gozaba en el pensil del Paraíso
una vida tranquila y placentera.
En torno de ellos la Creación hermosa,
como una madre ante su amor rendida,
les brindaba solícita, amorosa,
el inefable néctar de la vida.
Dábanles por doquier las gayas flores
al soplo de la brisa sus aromas
los arrullos más tiernos las palomas,
sus cántigas de amor los ruiseñores.
El verde prado, su mullida alfombra,
el sol el resplandor de su hermosura,
las cristalinas fuentes agua pura
y el bosque espeso, pabellón y sombra.
Las lindas aves y los fuertes brutos
vasallaje constante les rendían,
y las plantas más raras les servían
pintadas flores y sabrosos frutos.
Alegres siempre al despuntar la aurora,
se despertaban del tranquilo sueño,
y gracias daban al Señor su dueño
con plegaria ferviente arrobadora.
Y en éxtasis de amor sus almas santas

escuchaban absortas la armonía
del himno universal que a Dios levantan,
cielos y tierra al despertar el día,
Y después de elevar sus oraciones
al Supremo Hacedor durante el día,
se entregaban a honestas diversiones
sin que amenguase un punto su alegría.

* * *

Por designio de un Dios siempre propicio
a hacerles la existencia deleitable,
todo en aquél jardín incomparable
se encontraba dispuesto a su servicio.
Sólo, en el centro del jardín, veían
nuestros felices padres un manzano,
cuya fruta jamás probar podían
sin faltar a un precepto soberano.
Mas Satanás turbando su ventura
logró engañar a la inocente Eva,
que en un momento de venal locura
la dulce fruta del manzano prueba.
Y el mismo Adán por ella aconsejado,
faltando de su Dios a la obediencia,
comió también el fruto de la ciencia,
y se miró en su esencia transformado.

* * *

Y cuando arrepentidos conocieron
la enorme magnitud de su pecado,
avergonzados ambos, se escondieron

del bosque en el lugar más apartado.
Mas Dios a cuya vista penetrante
no hay nada misterioso ni escondido,
llamando a Adán le dijo entristecido:
¿Por qué esquivas mostrarme hoy el semblante?
¿Cómo es que Eva tu esposa idolatrada
no se presenta alegre en mi presencia?
¿Por qué no alzáis del suelo la mirada?
¿Habéis probado el fruto de la ciencia?

* * *

Señor, respondió Adán, con voz sincera
os confieso mi falta avergonzado;
primero lo comió mi compañera,
y después yo por ella aconsejado.

* * *

Pues fuiste a mi precepto inobediente
y con tu falta a castigar me incitas,
para ganarte el pan que necesitas
verterás el sudor de tu alba frente.
Y pues la esencia humana has corrompido
tu progenie infeliz tendrá igual suerte
mientras a su vivir no interrumpido
término ponga la implacable muerte.
Salid de estos parajes deleitosos;
id a expiar la falta cometida,
fuera de este jardín donde dichosos
las primicias gozásteis de la vida.

* * *

Y apareciendo un ángel de improviso
con espada flamígera en la mano,
cumpliendo aquél mandato soberano
las puertas les cerró del paraíso.
Fuera ya del Edén, triste experiencia
enseñó a los primeros pecadores
el cúmulo de penas y dolores
de su futura y mísera existencia.
Y afligido su espíritu e inquieto
observaron, con honda desventura,
que el bruto les negaba ya el respeto
y hostil se les mostraba la Natura.
Y cuando dominando el desaliento
que embargaba sus pechos afligidos,
se pusieron los dos muy decididos
a buscar por el campo su alimento,
miraron con dolor sus negros ojos
que en lugar de las frutas que gustaban
en el perdido Edén, sólo encontraban
algunas bayas entre mil abrojos.
Y pensando en su amante compañera
Adán con su trabajo inteligente,
bañado en el sudor de su alba frente
obtuvo el pan que Dios le prometiera.

* * *

¿Desde entonces acá qué no ha logrado
con su trabajo redentor el hombre?
¿Qué triunfos no ha alcanzado,
digno el que menos de inmortal renombre?

Por él ha conquistado el poderío
que le negara entonces la Natura,
con él cubre de mieses la llanura,
refrena al mar y canaliza el río.
Merced a él, cual raudo torbellino
en alas del vapor pasea triunfante
sin que encuentre su genio de gigante
valladar invencible en su camino.
Pues si cierra a su audaz locomotora
el paso una montaña o un torrente,
sus entrañas graníticas perfora,
o tiende audaz sobre el abismo un puente.
Por su virtud hoy surca a su albedrío
la superficie de los anchos mares,
desde la ardiente zona a las polares,
encerrado en el casco de un navío;
e inútilmente el piélago insondable
a su paso se opone enfurecido
que del vapor la fuerza incomparable
para siempre su cólera ha vencido.
Y aun dentro de su seno cristalino
como cetáceo gigantesco y fiero
se sumerge y navega placentero,
encerrado en el férreo submarino.
Y ahondando de la Tierra en lo profundo
al estudiar sus capas descubiertas
forma la historia de las razas muertas
y el *génesis* escribe de este mundo...
Pero hay más, con las obras de sus manos
más rápido que el águila altanera
cruza veloz la cristalina esfera

metido en los modernos aeroplanos.
Y ansiando acrecentar su poderío
de su intelecto al prodigioso vuelo
cual burbuja lanzada en el vacío
la tierra deja y se remonta al cielo.

* * *

Guiado por la luz del pensamiento,
observando las obras naturales,
las industrias creó, transformó el arte,
cinceló piedras y fundió metales;
la antigua choza convirtió en palacio,
y levantó esas bellas catedrales
que hienden con sus torres el espacio.
Con arduo estudio, descubrió la ciencia,
su fuerza más grandiosa y más sublime,
vívida luz del alma inteligencia;
sol que de la ignorancia le redime,
y cuyos rayos suaves y fecundos,
descubriéndole van nuevas verdades
que al través del espacio y las edades
se pierden en lo inmenso de los mundos.

* * *

¿Qué abrá en el orbe que contra él resista
a excepción implacable de la muerte?
si es para él cada lucha una conquista
que cambia el giro de su adversa suerte.
¿Qué potencia por rara y peregrina
podrá oponerse al invencible arrojo

dél que a la fuerza eléctrica domina
y al vapor y a la luz manda a su antojo?
¿Qué es el rayo voraz que centellea
y las torres más altas pulveriza
sino el rauda corcel donde su idea
al través del espacio se desliza?
¿Qué mundos en la bóveda estrellada
no alcanza a ver mirando al telescopio?
¿qué microsmo se escapa a su mirada
si fija en él su ardiente microscopio?
Y aun dentro de los cuerpos, a su vista,
qué se podrá ocultar, si transparente
torna la opacidad rápidamente
de Roentgén la singular conquista.

.....

¿Dónde podrá llegar?...

¡Y quién lo sabe!

La Creación es un libro misterioso
que poco a poco descifrar se deja
por el hombre estudioso:
Llor, pues, a los espíritus que piensan.
Gloria al sabio profundo
que con su inteligencia soberana
contribuye al progreso de este mundo
y al bienestar de la familia humana.
Gloria al labriego humilde, al ignorado
agricultor que gasta su energía,
dirigiendo en los campos el arado,
para darnos el pan de cada día.

Gloria al genial artista que impelido por el santo ideal de la belleza, con sus creaciones bellas se ha erigido rival de la feliz Naturaleza.

Gloria sí, a todo aquel que ha conseguido en la ciencia o en el arte una victoria, y a pesar de la envidia y del olvido logra hacer perdurable su memoria.

Pero gloria, así mismo, al artesano que con labor constante e ignorada también trabaja en el progreso humano y en la cultura de mi patria amada.

LA FIESTA DE LA ALDEA

POR LA MAÑANA

I

Dispuesto a celebrar con alegría
la fiesta del Patrón, el pueblo entero
se levanta, no bien despunta el día,
oyendo las sonatas del gaitero.

Vístese el zagalón con bazarria
el traje más lujoso y el sombrero,
mientras la moza tócase y confía
cautivar la atención del forastero.

Y en tanto que en la torre la campana
a los fieles convoca a la función
y se prende sus galas de aldeana,
en medio de la plaza con fruición,
ante un corro de gente campechana
ostenta el nuevo alcalde su bastón.

II

Ya el santo sacrificio de la misa
empieza el sacerdote con voz suave,
y el órgano ora lento, ora de prisa,
su música difunde por la nave.

Cantado el Evangelio, atenta y grave,
la concurrencia toda asaz sumisa
escucha la oración larga o concisa,
donde es forzoso que al Patrón se alabe.

Lanza el órgano audaz la última nota,
el santo sacrificio ha concluído,
la ténue nube del incienso flota;
y al dispersarse el pueblo allí reunido;
los hombres van al juego de pelota,
las mozas a mudarse de vestido.

TENTACIÓN

Por el claustro tranquilo y solitario
de un convento retiro del creyente
iba un monje leyendo su breviario
con actitud severa y reverente.

De su patio en el área se veía
un pequeño jardín con lindas flores,
donde a veces del aire los cantores
concertaban su música armonía.

Y del suelo a la bóveda de piedra
con primoroso estilo cincelada,
una cortina de tupida yedra
que ocultaba los ojos de una arcada.

La luz del sol espléndida y brillante,
filtrándose al través de esta cortina,
retrataba la imagen rutilante
del astro rey en la pared vecina.

Ni un ruido, ni un murmullo, ni un lamento
en su quietud solemne se escuchaba,
sólo el paso del monje macilento
del silencio claustral la paz turbaba.

Mas de repente ténue cual suspiro,
una voz resonó vaga, imprecisa,

como el susurro que en su aleve giro
forma leda al pasar la blanda brisa.

Un eco indefinible, melodioso,
como el rumor de una amorosa queja,
como el zumbido activo y cadencioso
que en torno de la flor rima la abeja.

Algo así como el ruido que hace el viento
cuando en la copa de los robles suena;
armónico compás, dulce concento
del pérfido cantar de la sirena.

Alzó el monje la vista del breviario,
y aunque todo en redor encontró en calma,
besó con efusión su gran rosario
que una extraña inquietud le turbó el alma.

Y cual si hollara sin saberlo abrojos
contrájose su rostro demacrado;
y nervioso, intranquilo, conturbado,
en la imagen del sol fijó los ojos.

De ella por un ensalmo portentoso,
observó con asombro el cenobita
surgir una mujer de rostro hermoso
más bella que la antigua Sulamita.

Como si fuera por un rayo herido
creyó bajo sus pies hendirse el suelo,
del bátrato escuchar el ronco aullido
y girar roto y desquiciado el cielo.

Un enjambre de ardientes sensaciones
aguijoneó su ser como a despecho,
y el vértigo voraz de las pasiones
sintió luego rugir dentro del pecho.

Quiso haciendo un esfuerzo violento
huir de aquel lugar acelerado,
mas se vió a su pesar como clavado
a las losas del pétreo pavimento.

Una atracción magnética, inefable,
arrastraba sus ojos hacia el muro
do estaba la visión incomparable
nimbada de un hermoso claro-oscuro.

Y asustado, suspenso, confundido,
sin fuerzas para huir, desconcertado,
en las alas del céfiro aromado
de la hermosa la voz llegó a su oído.

Mira cuan linda soy, mis ojos bellos
fulguran como lípidos diamantes,
y los rayos del sol más rutilantes
no tienen el color de mis cabellos.

No te acuerdas de mí; yo soy aquella
imágen del amor que ambicionaste,
la joven singular, la virgen bella
que en el altar del pecho consagraste.

La que miró tu ardiente fantasía
como el ángel feliz de los amores,

más bella que la luz y que las flores,
más risueña que el sol del nuevo día.

Tal vez por huir de mí, cobardemente,
te impusiste esta acerba penitencia;
mas ni el rezo, el cilicio y la abstinencia
han logrado arrancarte de mi mente.

Huye del claustro ya, deja este asilo,
y esta vida sèvera y penitente,
que en el mundo a mi lado complaciente
verás los años transcurrir tranquilo.

Vente conmigo y rompe esas cadenas,
que en tu anhelo inmortal te has fabricado,
yo te daré la sangre de mis venas
para nutrir tu cuerpo demacrado;

Siempre a tus gustos me hallarás sumisa
y por templar de tu alma los agravios
te ofrendaré las mieles de mis labios,
y el néctar celestial de mi sonrisa.

Esto diciendo, altiva se adelanta,
dando al aire la suelta cabellera;
y arrogante, serena y placentera,
sus dos brazos bellísimos levanta.

Y los tiende hacia el triste penitente
que aturdido, febril, anonadado,
se vió cual pajarillo fascinado
por la vista sutil de la serpiente.

Mas de pronto la gran trompetería del órgano sonó recia, vibrante, rodando como trueno trepidante por la nave del templo obscura y fría.

Y entonces, con esfuerzo sobrehumano, como huyendo de horrible pesadilla, apartando el fantasma con la mano, llegó el monje temblando a una capilla.

En ella con la frente junto al suelo, prosternado ante un viejo crucifijo exclamó con amargo desconsuelo:
— ¡piedad Señor para este pobre hijo! —

Y después que algún tiempo acongojado lloró y rezó contrito, arrepentido, con la gracia de Dios refrigerado, su espíritu sintió fortalecido.

Y cual guerrero triunfador, ya erguido, dando gracias al Cristo agonizante, salió de allí mostrando en el semblante el santo orgullo del deber cumplido.

¡Incrédulo y supersticioso!

Escribiendo a un amigo, don Tadeo ególatra, locuaz, nada bienquisto, le dijo neciamente: en Dios no creo. ¿Dónde está? ¿Quién le ha oído? ¿Quién le ha visto?

Ese ente singular, sabio e infinito, que se yergue en la cumbre del deseo, es creación de un triste, o de un contrito, que su propia conciencia acusó reo.

Esto diciendo; aquél cabeza huera, obrando, cual pensaba atolondrado, el tintero volcó por salvadera, y prorrumpió al notarlo consternado:
—He vertido la tinta ¡ay desdichado!
¡¡¡segura es la desgracia que me espera!!!—

Cuan estulto es el proceder de los que por parecer ante el mundo como espíritus fuertes osan discutir la existencia de Dios, y creen ver si se les derrama la sal, se les vierte la tinta, se encuentran un tuerto o un jorobado, y en otras mil supercherías análogas; señales evidentes de los sucesos prósperos o adversos que les han de sobrevenir.

El camino de la vida

SONETO

Víctima de un afán grande y vehemente
voy subiendo al calvario de la vida,
con corona de abrojos en la frente,
con la cruz del pesar el alma herida.

De su falda por la áspera pendiente
conforme va ascendiendo entristecida,
sueña mi alma encontrar la limpia fuente,
que apagará la sed que en ella anida.

Pronto, tal vez, sobre la cumbre alzada
recibirá en el pecho la lanzada
que extinguirá su afán ¡oh tú que inculpas,
inefable Señor! séme propicio,
y a cambio de este incruento sacrificio
la redención alcance de mis culpas.

A SANTA TERESA

Númen celeste que inspiras
las creaciones más bellas
con que el genio del artista
su paso muestra en la tierra.

Tú, que inspirastes al Dante
su peregrina Comedia,
a Klopstock su hermoso Cielo,
a Petrarca sus ternezas,
a Miltón su Paraíso,
y al gran Virgilio la Eneida.

Tú, que diste a Isaías
notas de amarga tristeza,
y a Garcilaso de amor,
y de altisonancia Herrera.

Tú, que mostraste a Murillo
la imágen divina, excelsa,
de la Concepción sublime
pasma de cuantos la observan;
y al sin par pintor de Urbino
la faz augusta, hechicera,
que retrató en sus madonas
sobre todo elogio bellas;
ven hoy e inspira mi canto,
aliéntame en mi flaqueza
y enciende mi fantasía
con el fulgor de la idea,
dando a mi mente conceptos

lentos de amor y grandeza,
para, con estro inefable,
poder como mi alma anhela,
alzar un himno glorioso
a la virgen avilesa,
que es galardón del Carmelo,
y orgullo de nuestra tierra.

Mas qué pido pobre iluso,
jadónde el amor me lleval
que tan neciamente aspiro
a celebrar la grandeza
de esa mujer inefable,
espejo de las discretas,
dechado de las humildes
y ornato de cielo y tierra;
de esa santa egregia y pura,
que, aunque desciente de Eva,
jamás corrompió su aliento
con terrenal impureza;
y fué sabia entre las sabias,
y fué bella entre las bellas.

Pecador soy, lo conozco,
perdóname, ¡oh, gran Teresa!
mi temeraria osadía,
disculpa la irreverencia
de querer con lengua impura
glosar tu eximia belleza;
háganlo los serafines
en sus hosannas excelsas,
y tronos y potestades

cuando te aclamen por reina,
pues que su rey te ha elegido
por esposa predilecta,
y no yo, vate mezquino,
pobre de gracia y de ciencia,
que al reconocer su yerro
y proclamar su impotencia
te pide que, desde el solio
donde gloriosa te asientas,
le envíes una mirada
de su afecto en recompensa.

BALADA

Es noche gélida, oscura
del mes helado de enero,
en la que recio aguacero
con voz siniestra murmura;
pero aunque la noche es fría
se ven las calles cruzar
por gente que ansía gozar
del soberbio festival
que celebra en dicho día
en su alcázar señorial
el conde de la Hidalguía.

De este palacio a la puerta
solicita compasión
envuelta en roto mantón
una mujer medio yerta;
entre sus manos reprime
la mano de un débil niño
y, con maternal cariño,
al par que enjuga su llanto,
contra su pecho le oprime,
envolviendo con su manto
al niño que triste gime.

Mientras el hambre y el frío
causan en el niño enojos,
eleva al cielo sombrío
su amante madre los ojos;

y, con el alma transida
por la fuerza del dolor,
al que es fuente de la vida
ora la madre afligida
por el hijo de su amor;
y el Cielo amoroso en tanto
que la triste humilde reza,
para calmar su quebranto,
trae a sus ojos el llanto
dúctamo de la tristeza.

A este cuadro tan opuesta
es del palacio la vida
que en él a gozar convida
todo, y en el real salón
donde se agita la fiesta
se oye el acordado son
de una melodiosa orquesta.
Por su espaciosa escalera
suben damas y señores,
guiados por los fulgores
que áureo farol reverbera.
Una mampara luciente
abre un lindo pajecillo
y por un amplio pasillo
los lleva al rico salón
donde el anfitrión sonriente
los recibe cortésmente
y presenta a la reunión.

Dentro todo es regocijo,
luz, placer, felicidad;

fuera una madre y su hijo
que imploran la caridad.
Pero ¡ay! en vano la imploran
que hoy los que el mundo hace aprecio
ven al pobre con desprecio
y huyen de aquellos que lloran;
y fuera temeridad
pararse en noche tan fría
a escuchar una elegía,
y a ejercer la caridad.

H. — Mirad si algo que acalle
este ansia que me devora,
pues temo al venir la aurora
me encuentre muerto en la calle.

M. — Ten más paciencia, hijo mío,
no me hieras más el alma
que pronto libres del frío
dormir podremos en calma,
porque Dios padre piadoso,
viendo nuestro sufrimiento,
nos proveerá de alimento
y de un lugar de reposo;
y hará que un alma agraciada
que tenga el bien por destino
se cruce en nuestro camino
y nos pague la posada.

Calló la madre un momento,
y de su vista sombría

rodó una lágrima fría
que enjugó en su rostro el viento,
y con el hijo que amaba
vió la noche irse amenguando;
mas siguió en vano implorando
la caridad que anhelaba,
que al oír su petición
la miraron con desprecio,
y hasta escuchó de algún necio
horas de pedir no son.

H.—Madre vámonos de aquí
y entremos donde esas gentes.

M.—No hijo, somos indigentes...

H.—Yo a todo el que fué entrar vi.

M.—Entran los que son señores
no los pobres cual nosotros;
aquellos que montan potros
coches, trenes y vapores.

H.—¿Y por qué ese Dios piadoso,
que es de todos Criador,
los mira a ellos con amor
y a nosotros desdeñoso?
Por qué si es amable y justo
no calma nuestro quebranto
y a ellos les concede tanto;
¿no seremos de su gusto?
Si por Él somos amados
todos, como tú me dices,
¿por qué ellos viven felices
y nosotros desgraciados?

¿Por qué ellos pasan gozando
la noche con dulce afán,
y yo no tengo ni pan
para ir el hambre acallando?
y aunque con fervor le pido
hogar, alimento, abrigo,
y para partir con tigo
un lecho blanco y mullido...
Les dá a ellos casas hermosas
y cuanto exige su gusto;
¿y por qué siendo tan justo
madre nos niega esas cosas?

M.—Hijo no dudes del Cielo,
olvidando mi enseñanza,
guarda siempre la esperanza
que Dios calmará tu duelo;
piensa que toda amargura
tiene un término fijado,
y el que es bueno y desgraciado
gozará eternal ventura;
ve que aunque es Dios de los dos,
del rico al par que del pobre
al que riqueza le sobre
no le estima tanto Dios;
recuerda al niño Jesús
que en un pesebre nació,
y entre los pobres vivió
hasta que espiró en la cruz;
y nunca hallarás reparo
a esta sentencia bendita:
«Dios al que más necesita

mejor le presta su amparo». *El*
Ténle un respeto profundo
y en Él adora y confía
mientras cruces este mundo;
ruégale día tras día
que en la virtud te sostenga,
y cuando la muerte venga
a extinguir tu mortal duelo,
en premio a tu desventura
Él te dará allá en el cielo
grata y eternal ventura.

A LUCÍA

Por esta carta breve que te escribo
verás con gran placer te sigo amando,
y que el recuerdo perdurable y vivo,
en mi memoria está del buen Fernando.

Del hijo incomparable que perdiste,
o por mejor decir que diste al Cielo;
pues para Dios y en Dios tú le instruiste
y él respondió con creces a tu anhelo.

Cual lirio virginal que arranca el viento
tras violenta y ruda sacudida;
así también la Parca, en un momento,
se llevó estando en flor su hermosa vida.

Mas con ser tan efimera en la tierra
su existencia, dejó grata memoria,
y un modelo filial, dulce, se encierra
en el libro precioso de su historia.

Desde niño obediente y estudioso,
trabajó con tesón, con energía,
por conquistarse un porvenir honroso,
y Dios se le otorgó cual le quería.

Mas como a su virtud no era posible
el dar la recompensa en este suelo,

llévole de este mundo corruptible
en alas de los ángeles al Cielo.

Y libre en él de humanos sinsabores,
es feliz, muy feliz, gozando en calma
de la dicha inefable que halla el alma
ante el Dios de los místicos amores.

.....
.....

Por eso eres dichosa ¡oh, mujer fuerte!
que hoy miras tu fervor recompensado,
y tras de un gran dolor tienes la suerte
de ser madre de un bienaventurado.

Dichosa y fuerte, sí; pues cuando impio
el dolor de su muerte te embargaba,
dijiste con gran fe:—mucho le amaba,
mas cúmplase tu voluntad, Dios mío;—

Y las altas virtudes recordando
del hijo singular que habías perdido,
a los Cielos los ojos levantando,
—ya en la gloria estarás ¡hijo querido!

Sí; en ella está, Lucía, y satisfecho
ve el entrañable amor que nos guardamos,
y que templo y altar son nuestros pechos
en los que culto a su memoria damos.

El desde allí mi pensamiento inspira
y mueve con acento delicado

las toscas cuerdas de esta humilde lira,
que antes de ahora en su honor dulce ha sonado.

Y por eso hoy, en vez de parabienes,
te dedico esta página gloriosa:
la más feliz, más bella y luminosa,
entre las muchas que en tu historia tienes.

Recíbela con ánimo amoroso,
pues que la inspira él, como obra suya;
y este recuerdo al parecer luctuoso
será más que la luz, puro y glorioso,
para un alma cristiana cual la tuya.

LA VOZ DEL AMOR

Hay una voz sutil como las quejas
que exhala al fenecer la mustia rosa,
más ténue que el zumbiar de las abejas,
más que la miel del romeral sabrosa.

Una voz armoniosa, tierna y grave,
bañada de inmortal melancolía,
más grata al corazón que ritmo suave
que ensaya el viento en la arboleda umbría.

Música excelsa que en la mente suena
con arpegios de intensa melodía;
seductora cual canto de sirena,
y triste como el son de una elegía.

Acorde santo que en la noche en calma
vağa en las alas del tranquilo ambiente
y embarga dulce y misteriosamente
con inefable arrobamiento el alma.

Canto de seres que adorando viven
con ansia firme, con perpetuo anhelo,
y, aunque traiciones en su mente escriben,
mueren soñando en el amor del cielo.

Vibrante nexa, portentosa nota,
por el espacio inmenso difundida,
que a los seres atrae con fuerza ignota,
y es el gérmen fecundo de la vida.

Hálito augusto; singular, divino,
que estremece el cordaje de las almas,

como el soplo del viento matutino
el frondoso ramaje de las palmas.

Por él el Sol prosigue su carrera,
y tras él los planetas van girando,
y no halla el hombre su vivir nefando
y ruge alegre en su cubil la fiera.

Por él, al hondo mar arrastra el río
el caudal de su linfa bullidora;
y tiene nidos el bosque umbrío,
y rojas nubes la temprana aurora.

Por él ostenta el iris sus colores,
y tiene hermosa luz el claro día,
manto de estrellas la tiniebla fría
y dulce néctar las pintadas flores.

Por él la palma solitaria y vana
su copa eleva con vigor pujante,
a otra buscando en la extensión lejana,
que la mande su polen fecundante.

Con un poder omnímodo, infinito,
eslabona, domina, triunfa y crea,
es de las almas inefable rito,
y en cerebro luminosa idea.

Más fuerte que el dolor vence a la muerte,
y en mil formas se muestra por doquiera;
como apetito en la salvaje fiera,
como cohesión en la materia inerte.

Con vínculo suavísimo, profundo,
en sucesión jamás interrumpida,
la evolución preside de la vida
en el concierto eterno de los mundos.

Que de esta voz al eco omnipotente

del insondable abismo de la nada,
como una virgen al amor llamada,
Naturaleza apareció sonriente.

Y se pobló de mundos el espacio,
y tuvo origen la primera aurora,
y brilló el Sol cual fulgido topacio,
sobre el planeta donde el hombre mora.

Y del órgano inmenso de los mares
se alzó un himno sonoro, turbulento,
y en su cítara ingrave rimó el viento
el grandioso cantar de los cantares;
que del amor la plácida armonía
flotó en el éter límpido y radioso
y al compás de su acento melodioso
palpitaron los seres de alegría;
y del Edén por pensil risueño
cruzó lenta, vibrante, halagadora,
y arrulló con caricia tentadora
de Eva y Adán el inocente sueño.

ROMANCE

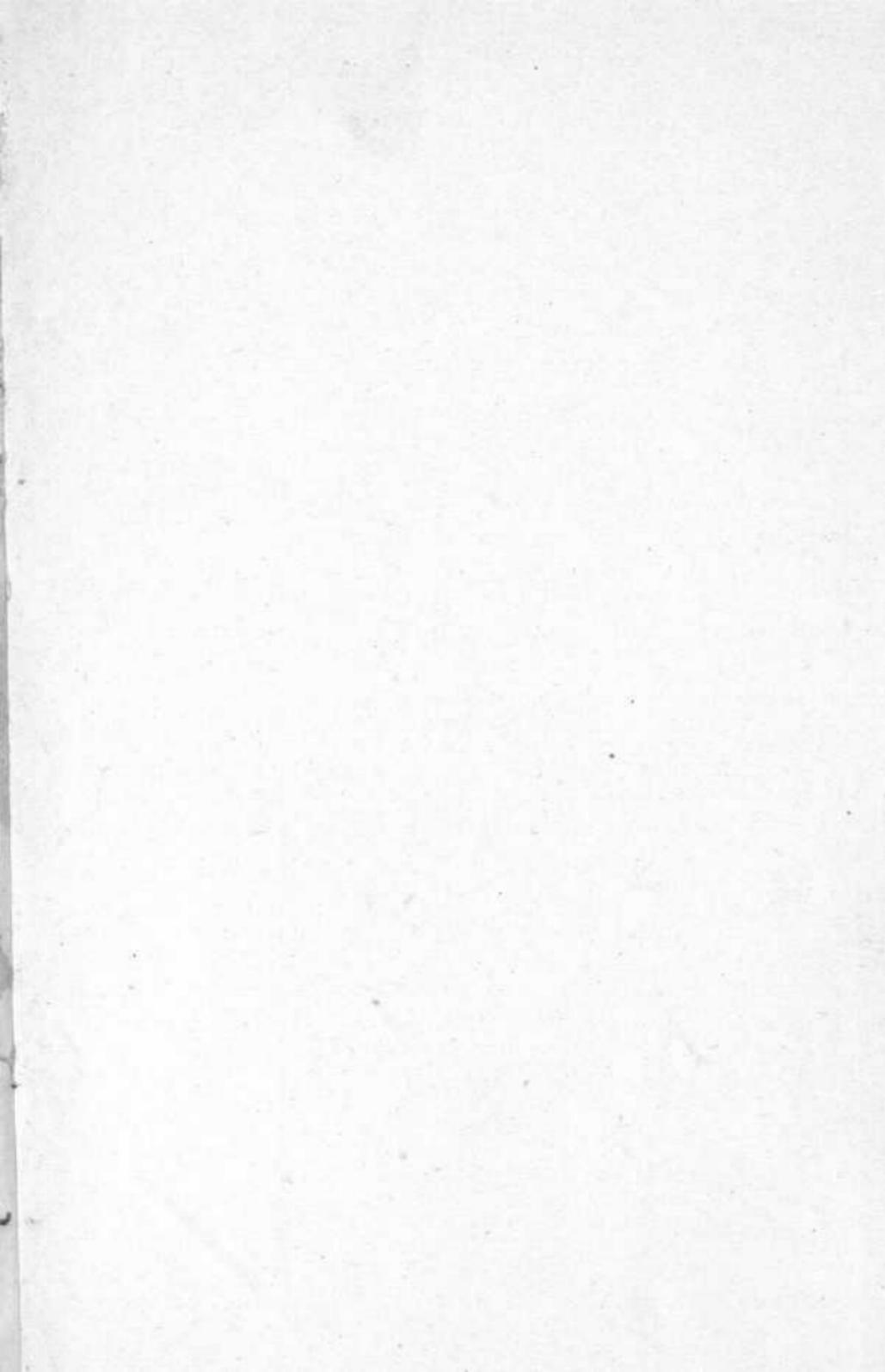
Niña la de negros ojos,
niña la de rojos labios,
la de los dientes perlinos,
la del cabello castaño,
tú, que, en el valle del mundo
sin ver los peligros varios,
que en él existen, te yergues
como una rosa de mayo,
para suplir la experiencia,
que aún no te han dado los años,
voy a contarte una historia
que ha tiempo a mí me contaron:

Mirándose en el espejo,
que forma el claro remanso
de un cristalino arroyuelo
que dormita murmurando,
de abril en el mes florido,
se hallaba un rosal lozano,
en el que en un mismo día
en dos puntas de sus ramos
en cáliz oliente y bello
dos lindas rosas mostraron.

La de una de ellas engreída
sin humildad y recato,
sobre su peciolo erguida,

brindaba al céfiro manso,
la beldad de su córola
y su aroma dulce y grato;
y en este goce abstraída
por disfrutar sus halagos
dió entrada en su cáliz bello
a un miserable gusano,
que hizo pasto en su córola
y destruyó sus encantos,
por lo que ajada y maltrecha,
triste se fué deshojando,
mientras que su compañera
oculta tras verde ramo
vió prolongarse su vida
y acrecentó sus encantos,
logrando al fin, que una hermosa,
como gala de su ornato,
la prendiera en su albo seno
una mañana de mayo.

Flor también eres tú niña,
guarda fiel siempre el recato,
y no te muestres altiva
de juveniles encantos,
ni des entrada en tu mente
a un pensamiento liviano
que la pureza marchite
que el Rey del cielo te ha dado.



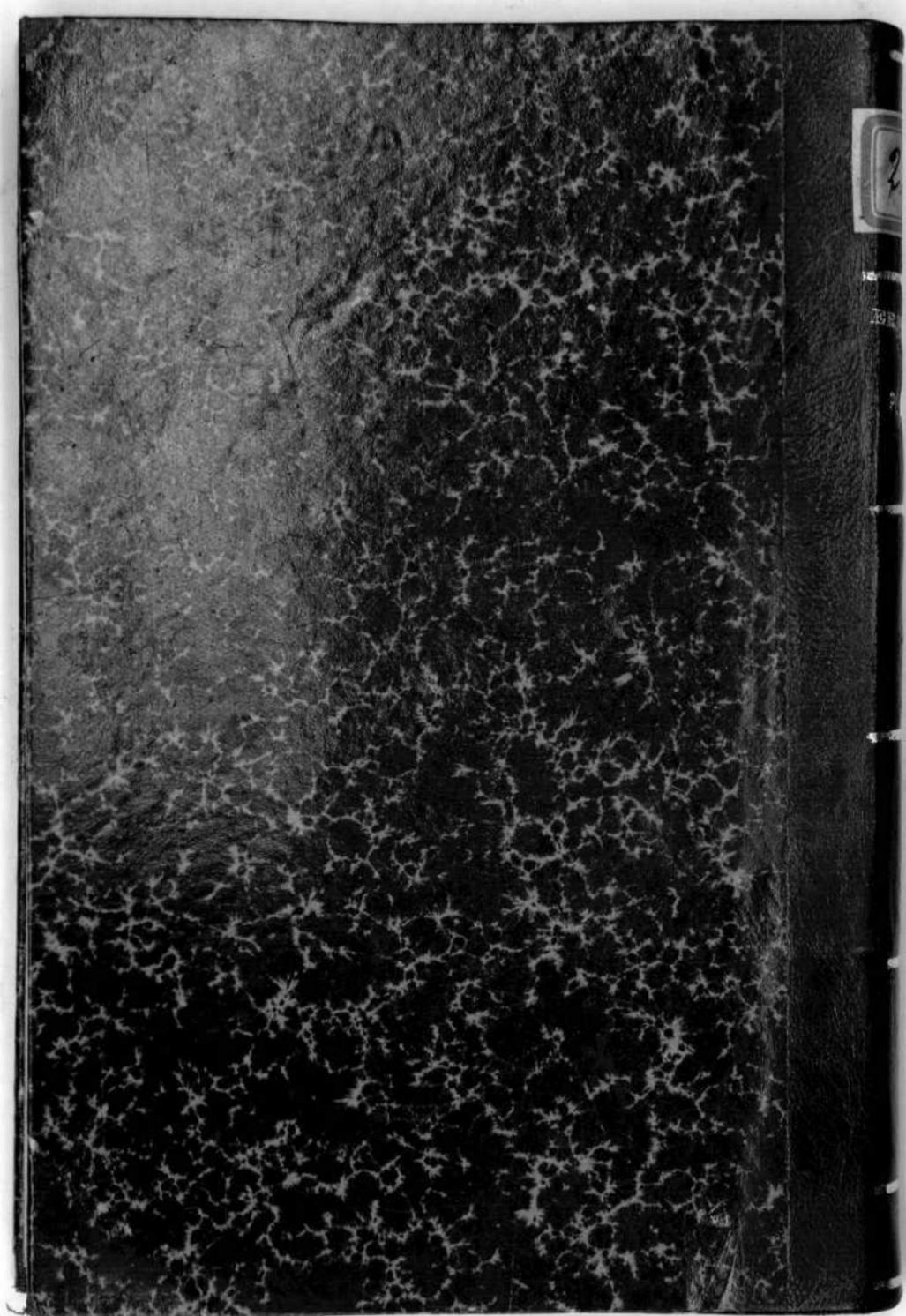
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....	2150	Precio de la obra.....	Ptas.....
Estante.....	119	Precio de adquisición. »	»
Tabla.....	3	Valoración actual.....	»



2150

BRUNNEN

POESIAS